

Un día, un emir sintió el deseo de ir al baño. Llamó a su esclavo, que se llamaba Sungur, y le dijo:

«¡Prepara mi sábana, mi barreño y mi jabón! ¡Vamos al baño!».

Sungur ejecutó sus órdenes y ambos tomaron el camino del baño. Ahora bien, en este camino, había una pequeña mezquita. Cuando pasaba ante ella, Sungur oyó la llamada a la oración. Dijo a su amo:

«¡Oh, amo! ¿Podríais esperar unos instantes ante esos almacenes mientras hago mi oración?».

El emir aceptó y se puso a esperar...

Esperó mucho tiempo. Vio salir a los fieles y al imán, pero Sungur seguía en el interior. Perdiendo la paciencia, el emir se puso a gritar:

«¡Oh, Sungur! ¿Por qué no sales?».

Desde el interior de la mezquita, Sungur le respondió:

«Estoy retenido aquí. No pierdas la paciencia. Ya voy. ¡Sobre todo no creas que olvido que me esperas!».

El emir reiteró siete veces su llamada y, cada vez, Sungur respondía:

«¡No tengo permiso para ir junto a ti!».

Al fin, el emir le dijo:

«Pero no hay nadie en la mezquita. Tengo curiosidad por saber lo que te impide salir».

Sungur respondió:

«El que te encadena en el exterior me ha encadenado en el interior. El que no te permite entrar me impide salir».

El océano no deja escapar a los peces y, del mismo modo, la tierra no deja a su fauna precipitarse al mar.